



La cultura del centro y la cultura excéntrica

Tomás Eloy Martínez

En el marco del Fórum de Barcelona 2004 coincidieron, en una mesa estelar, Tomás Eloy Martínez, Nérida Piñon y Petér Eztérhazy. Cada uno a su modo y con su propio estilo, abordaron el gran tema de la cultura. La Revista de la Universidad de México abre este número inaugural del año 2005 con los textos que allí se leyeron. En éste, el novelista argentino sustenta que: “El centro y lo excéntrico son, en definitiva, una convención”.

Algunos saberes llegan tarde en la vida. Hace pocos años advertí que la primera novela moderna, en el sentido en que son modernas *Tristram Shandy* o el *Quijote*, había sido escrita hace mil años exactos por una mujer japonesa, lady Shikibu Murasaki. Aunque la obra, *Genji monogatari*, o *La historia de Genji*, está estructurada como una novela de caballerías e incluye elementos propios de la épica medieval, la minuciosa recreación de costumbres y ceremonias del siglo XI japonés, así como la agudeza psicológica de los retratos, podrían haber sido escritas por las hermanas Brontë o aun por Toni Morrison. El texto tiene unas mil cien páginas y refiere, a través de

una trama laberíntica, las aventuras de uno de los hijos del emperador de Japón, a la vez ilegítimo y prodigioso, al que vemos atrapado por un torrente de celos, traiciones, amores impuros e intrigas palaciegas semejantes a las de *Macbeth* y a las de *The Merry Wives of Windsor*. Una mujer, lady Murasaki, fue, entonces, hace diez siglos, la primera novelista, y también la primera en llevar el género hacia la modernidad.

Genji monogatari se lee hoy como si nos perteneciera y no fuese, en verdad, la obra de una cultura marginal, remota en el espacio e inalcanzable en el tiempo. Resuena con la intensidad de Shakespeare, juega con las



Fragmento de un documento sobre láminas de bambú de la época de la dinastía Han

mismas ironías que abundan en el episodio de los Duques en el *Quijote*, sobresalta con la misma extrañeza de “Bartleby” o de; *Absalón, Absalón!* Desde que la leí por primera vez, hacia 1982 —y desde entonces lo hago todos los años—, me pareció una obra digna de ser situada en el centro de lo que se llama el canon, con tanta justicia como podrían estar Dante, Chaucer, Shakespeare, Quevedo, Cervantes, Tolstoi, Proust. Una impresión parecida me asalta cuando leo los relatos en tono menor que Blaise Cendrars reunió en su *Anthologie Nègre*: textos yorubas, cosmogonías del Congo y de Benin, fábulas sudanesas. O cuando oigo la respiración clásica de los testimonios que dejaron los vencidos de Hernán Cortés en una lengua náhuatl que entonces parecía moribunda. Cualquiera de esos textos tiene un peso dominante con relación a las obras inútiles que venden millones de ejemplares en el mercado norteamericano, y de las que no quedará memoria alguna dentro de una década, o menos.

El centro y lo excéntrico son, en definitiva, una convención. Ya Edward Said demostró que el centro era una invención europea, con intenciones hegemónicas, para imponer a los otros el sistema propio de pensamiento y para diseminar una imagen peyorativa, subalterna del otro. Hace dos décadas, cuando se acentuaba en la literatura anglosajona la influencia de autores como

García Márquez y Juan Rulfo, la academia norteamericana abrazó con entusiasmo la teoría poscolonial y puso de moda el uso de palabras como sub-cultura o cultura subalterna. En resumen, esa teoría se basaba sobre términos binarios como aquellos que son el tema de reflexión de esta tarde: dónde está lo cercano y dónde lo lejano, qué es lo inferior y qué lo superior, a quién corresponde el dominio y a quién la obediencia.

A partir de esas reflexiones, empecé a entenderse que lo que se coloniza siempre está lejos; al colonizado se le impone invariablemente una retórica de la culpa que clausura todo intento de sublevación, a la vez que impone una perpetua gratitud por las ventajas que derivan de su dependencia. No hay un Otro, puesto que lo otro debe ser transfigurado y reformado, o mejor dicho, asimilado a la voz rectora del imperio, como tantas veces ha dicho George W. Bush a propósito de Irak.

El concepto de centro no sólo afecta las culturas marginales, pretendiendo assimilarlas y adaptarlas a la cultura del imperio. De ahí el silencio y el olvido que siguieron a la destrucción de ochocientos mil volúmenes de la biblioteca de Bagdad, como si las tablillas de *Gilgamesh* y la colección de escritos de Omar Khayyam, que desaparecieron ese día trágico, fueran los responsables de los errores de Occidente. El concepto de centro produce el efecto de una verdad que puede ser probada

y construida lógicamente. Cuando George W. Bush dice, como dijo hace dos semanas en la convención del partido republicano: “*See, our, our fu-ture de-pends on*”, “Vean, nuestro, nuestro futuro depende de nuest r a voluntad para ser los líderes del mundo”, pone, Bush, el peso de la frase en el adjetivo nuestro, nosotros, los que marcamos el rumbo; su eficacia —poderosa eficacia— deriva de la facilidad con que la frase es repetida por los medios, una y otra vez, tanto en los países centrales como en los periféricos. La repetición incesante crea una representación de la realidad, y esa representación puede parecer verdadera aunque sea irreal.

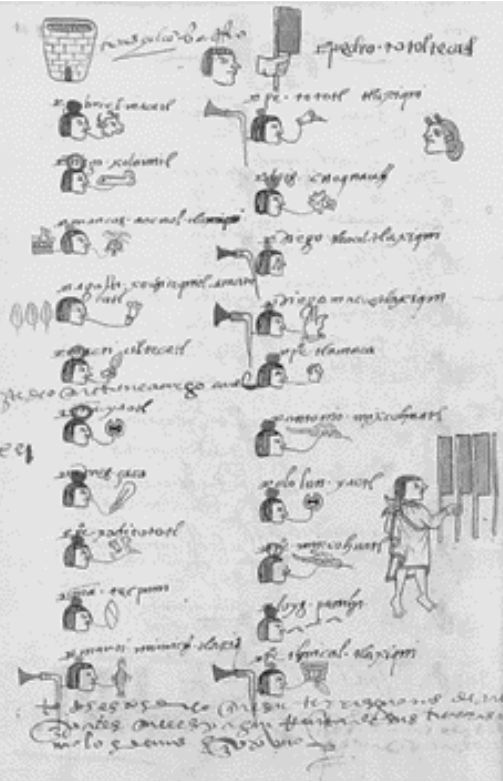
Hasta el cuerpo se inscribe en la economía del discurso de la dominación y el poder. Hacemos de nuestro cuerpo lo que impone la lógica del imperio. La prohibición de los preservativos, la condena creciente del aborto, la atribución de barbarie a los ritos de iniciación de los indígenas de Australia y el Amazonas, obedecen a los estereotipos imperiales y son una respuesta a sus miedos inconscientes: el miedo a lo que no se conoce, a lo lejano, a lo que amenaza sólo porque es diferente.

Culturas subalternas, subordinadas, ¿qué significa eso? El prefijo sub es signo de que hay siempre algo por encima, algo que prevalece, algo que merece ser imitado. Cuando el lenguaje de los márgenes se imita o es apropiado por el centro, se habla no de copia sino de transfiguración: el modelo bárbaro enaltecido por la cultura dominante. La inclusión de fotos en los relatos es señalada como un hallazgo en la obra de Sebald, veinte años después de que fue usada hasta el agotamiento por Cortázar; Borges es enseñado como un autor de lengua inglesa en las universidades norteamericanas, y cuando se observa que lo que se lee allí son traducciones, aparecen explicaciones de sobra: se nos dice que, si bien la lengua de Borges es hispana, lo que en Estados Unidos quiere decir marginal, sus relatos se inscriben en la tradición anglosajona. Lo mismo sucede con los personajes de Salman Rushdie que descienden del cielo en cuerpo y alma, como Remedios la Bella, o con los policías de Don DeLillo que se parecen tanto a las criaturas sin Dios de Rubem Fonseca.

El centro impone su lengua, y eso es lo que leemos. Pero no siempre el centro está en el mismo sitio. Sobre todo ahora, la globalización impone a la vez una dispersión que podría examinarse a través de la vuelta en redondo que está dando el libro, o lo que entendemos como libro. Los primeros libros no narraban historias. Eran fórmulas de adivinación, lecturas de los pájaros en vuelo, del movimiento de las hierbas, del paseo de los animales. A través de la naturaleza, el ser humano intentaba descifrar su destino. Y los libros eran algo así como la fijeza del destino, la eternidad inmovilizada en palabras.

Quizá la mayor maravilla del libro es su capacidad de transfiguración, de ser primero voz que se va enriqueciendo al pasar de generación en generación, hasta que alguien, temeroso de que la voz se pierda en los vientos del tiempo, ordena retenerla en páginas manuscritas, como sucedió con la *Iliada* y con *Las mil y una noches*, para ser más tarde texto sagrado, hoja impresa, biblioteca de Babel, símbolo virtual que se desliza en las computadoras. En el nudo original del libro está, por supuesto, la escritura, en cuya definición coincidieron Aristóteles, los sabios chinos del siglo xv, así como Voltaire y los enciclopedistas. En su *Lógica*, Aristóteles dijo que “las palabras habladas son los símbolos de la experiencia mental y las palabras escritas son los símbolos de las palabras habladas”. Según Tai T’ung, los chinos definían la escritura como “el habla pintada”, y el habla como “el aliento de las vocales”. Algo semejante dice Voltaire “La escritura es la pintura de la voz; cuanto más se le parece, mejor es”. En los márgenes y en el centro, la escritura se define con una misma metáfora.

En su largo amanecer iletrado, la humanidad componía libros sin saberlo, voces, sucesiones de historias que se desplegaban en el espacio público: las plazas, los templos, las academias. No existía la noción de autor en el sentido en que la concebimos ahora: escribir, o crear, era una tarea colectiva, una discusión, un diálogo como los que transcribió Platón. La *Iliada* y la *Odisea* fueron la obra de muchos hombres o, si se quiere, de



Matricula de Huastotzingo

todos los Homeros que trabajaron en ellas entre los siglos VIII y VI antes de la era actual. Cada copista de la *Iliada* sumaba una línea o suprimía una escena, hasta que ese espacio móvil encontró su punto de fijeza, y lo mismo sucedió con los evangelios canónicos y con los apócrifos, con los textos de Confucio quemados por el primer emperador de la China y rehechos por la memoria de sus discípulos, y hasta con una novela célebre, la caudalosa y medieval *Shui-hu-zhuan*, o *Al borde del agua*, cuyos centenares de episodios podrían ser miles, cientos de miles, o uno solo.

La fuerza del libro está en su poder proteico, en ser voz o volumen o signo virtual o todo a la vez, para brotar de una sola persona o encarnar, por sí solo, toda una cultura.

En la antigüedad, aquellos que oían las palabras de un libro, o las copiaban, o las leían confiriendo forma oral a lo escrito (porque la lectura en silencio es, como se sabe, una ceremonia tardía), interactuaban el libro con su comunidad. Leer era algo que pertenecía a la esfera pública, y enriquecer con adiciones o comentarios lo que se iba leyendo, en vez de estar vedado, merecía la gratitud colectiva. Aunque los doctores de la Iglesia trazaron, después, una línea divisoria entre el saber privado o sagrado, y el saber público o lego, muchos poemas, novelas de caballerías y relatos populares son el fruto de generaciones que iban depositando en ellos sus sedimentos culturales y sus mudanzas de lenguaje, como sucedió con *Amadís de Gaula*, la *Chanson de Roland*, el *Poema del Cid* y la gesta anglosajona de Beowulf. Al mismo tiempo, algunas grandes creaciones individuales empezaron a imponer la noción de autor. Esa noción aparece en la *Comedia* de Dante, en los cuentos de Geoffrey Chaucer, en el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita y en lady Shikibu Murasaki, a cuyo *Genji monogatari* me referí hace instantes.

La invención de la imprenta dio un vuelco decisivo a la relación entre autor y lector al instalar el libro en la esfera privada. Lo introdujo en la intimidad del ser

humano, lo convirtió en acompañante de los solitarios, en confidente de ilusiones y secretos, en transmisor de mensajes cifrados, y permitió que cada frase fuera leída según el ánimo que cada quien tenía en un momento determinado de la vida. El sentido de esa frase, a la vez, podía ir desplazándose en la imaginación del mismo individuo a medida que pasaba el tiempo, tal como lo definió Jorge Luis Borges con precisión en su cuento “Pierre Menard, autor del Quijote”.

El reino de lo virtual nos ha devuelto, en cierto modo, a la forma comunitaria de leer, de comunicarnos y de interactuar a través de los signos. Así, la especie humana ha ido derivando del ágora original, de la creación por capas superpuestas de lenguaje, a la intimidad entre autor y texto, y desde allí ha vuelto a una forma diferente de ágora, en la que el lector, solo frente a su teclado, entreteje su experiencia con los infinitos textos que se le cruzan en la red. Los libros o informaciones que circulan en ese espacio virtual pueden ser hallados y tomados por quien los desee —y de hecho, así sucede con frecuencia—, modificados por comentarios o reescrituras que van naciendo mientras se lee.

Poco a poco, esta nueva forma del ágora, este purgatorio o cielo de lo virtual, se ha lanzado a crecer como un árbol incontenible. La biblioteca de Babel, aquella en la que Borges incluía todos los libros pasados y los no escritos, y las variaciones de cada uno de esos libros, ha llegado antes de lo que se pensaba. Ya está entre nosotros.

El filósofo Paul Virilio escribió que si el elemento central de la modernidad era la velocidad de la materia —Fernand Braudel hablaba de “la lentitud de los transportes” en su historia de la civilización europea de los siglos XV a XVIII—, el dato central de la posmodernidad es la velocidad de la luz. “El ser humano —escribe Virilio— se ve superado por una tecnología que, sin embargo, ha sido creada por su mente y por sus manos, capaz de ejecutar acciones que van mucho más allá de lo que entendemos por pasado y por futuro”. En la red, en el internet, cuya dispersión es global, no

...lo que se coloniza siempre está lejos;
al colonizado se le impone invariablemente
una retórica de la culpa que clausura todo intento
de sublevación, a la vez que impone
una perpetua gratitud por las ventajas que derivan
de su dependencia. No hay un Otro, puesto que
lo otro debe ser transfigurado y reformado...



Página del Corán, siglo XIII o XIV

hay en efecto día ni noche, ni tampoco horas. Leo hoy lo que sucedió ayer en la isla de Pascua y lo que ha sucedido mañana en Tokio. Mi tiempo es doble, o múltiple. Somos, ahora, seres inmersos en un océano de tiempo que se mueve a mayor velocidad que nuestra imaginación.

La diseminación de lo virtual está creándole serios problemas a la voluntad del imperio de homogeneizar lo que sea. El conocimiento está ahora en todas partes, pero no al alcance de todos. Puedo leer un texto de resistencia al centro imperial en una atmósfera incontaminada por el centro, pero sólo puedo hacerlo si dispon-

go de las herramientas de comunicación creadas por ese centro o de los recursos para entender los lenguajes imperiales. Junto con océanos de informaciones por procesar y de libros por leer, la globalización ha engendrado a la vez abismos de desigualdad que antes eran imposibles de imaginar, porque lo que se globaliza es el mercado, no las personas. Una quinta parte de la población del mundo sigue sin tener acceso a forma alguna de educación, y más de los tres quintos restantes no puede comprar libros, porque la comida, la vivienda y la ropa están primero en la lista básica de las familias y, con frecuencia, lo que se gana ni siquiera alcanza para eso. Mil

“La escritura es la pintura de la voz;
cuanto más se le parece, mejor es”.
En los márgenes y en el centro, la escritura
se define con una misma metáfora.

quinientos millones de personas carecen hoy de agua potable y más de mil millones viven hacinados en casas miserables, indignas de la condición humana. Mil millones de personas no saben leer ni escribir.

Pero no son las estadísticas las que tienen aquí importancia, sino razones de orden moral y razones de justicia. Mil trescientos millones de personas viven con menos de un dólar por día. ¿Cómo podrían pensar en

comprar libros? Y, en el otro extremo del espectro social, las ganancias de los tres hombres más ricos del mundo son superiores al producto nacional sumado de los cuarenta y tres países más pobres.

La globalización ha acentuado la pobreza y la dependencia de los países débiles, pero tengo la esperanza de que, a la larga, abrirá los ojos de más y más personas. Nosotros, los del margen, estamos en el confín del mundo; todos los días, al levantarnos, sentimos el peso del mapa sobre nuestras espaldas, pero también estamos en el centro, porque la ignorancia nos iguala a todos. Un campesino de Ohio, de Minas Gerais o de Ucrania puede saber tan poco de la física cuántica o de la técnica de las exploraciones espaciales como un campesino de las praderas argentinas o un maquilador de Ciudad Juárez. Tal vez el campesino de Ohio pueda ver sin problemas las imágenes de Marte que se transmiten por la televisión y tal vez al campesino de Minas Gerais se le corte la luz cuando las está viendo. Pero en esencia, lo que nos equipara no es lo que sabemos sino, más bien, lo que ignoramos. En esa orfandad del universo global, el libro —la escritura, no el mercado— es el campo de lucha donde se dirimirá, en definitiva, cuál es el lugar del centro y de quién será la última palabra de esta civilización que ahora, en el país dominante, se mueve apresuradamente hacia la derecha.

Hace mil años, la voz cantante era una voz de mujer. Es maravilloso ver cómo la historia de *Genji* reverbera todavía en la obra de Faulkner, y cómo las enumeraciones de “cosas vergonzosas” o de “cosas que dan la sensación de suciedad”, incluidas en *El libro de la almohada* de Sei Shonagon, una de las contemporáneas de lady Murasaki, reaparecen con otro ropaje en los cuentos de Lorrie Moore.

El único centro que no se desplaza es el de la condición humana. Allí donde la especie habla de sus celos, de su sexo, de sus ansias de poder, de sus humillaciones, de sus felicidades y sus crímenes, allí estará siempre el centro. Las migraciones, las dispersiones, la mutación de las lenguas, en todo eso seremos siempre un otro. Pero en las pasiones y deseos nos mantendremos fieles siempre a lo que fuimos y a lo que seremos, aunque nuestra voz clame en el desierto, aunque nadie nos oiga. De esa diversidad y también de esa unidad está hecha nuestra memoria. [1]



Estela funeraria de soldados pertenecientes a una tribu ateniense